

Seminario regional: Los IFDs y la alfabetización inicial: balances y perspectivas

1 de diciembre de 2004 La Rioja

**El libro y su centralidad en la cultura
Por Esteban Mizrahi**

I
En el régimen educativo en el que todos nosotros hemos sido formados, el libro ocupaba y ocupa aún un lugar central. Esta centralidad es determinante hasta tal punto que nos resulta casi imposible pensar un dispositivo educativo o formativo que prescindiera por completo de su uso. Esto no sólo tiene que ver con la profesión docente que hemos elegido, sino que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra concepción de la cultura y su modo de circulación. De esto dan cuenta numerosas dichos y expresiones populares. Basten como ejemplo: “plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro” para dar cuenta del sentido de la vida. O bien “tal persona es un libro abierto” para referirse a su sabiduría. O, como expresión todavía más idiosincrática: “mataburros” para aludir al diccionario. Esta centralidad cultural del libro, llevada al extremo, dio lugar a la sentencia de Mallarmé citada por Borges en un ensayo que versa, precisamente, sobre el culto de los libros: “El mundo existe para llegar a un libro” afirmaba el poeta simbolista francés. Aquí el libro ya no es concebido como un medio de circulación del saber, sino como un fin en sí mismo, como un objeto que justifica incluso la entera existencia del universo. Tal vez esta manera de reconocer la centralidad cultural del libro pueda parecerles exagerada, una licencia poética, una metáfora encendida que intenta dar cuenta del carácter ineludible del libro en nuestra manera de relacionarnos con el saber. A quienes así lo consideren permítanme recordarles que hay otros modos más palmarios pero no menos enfáticos de expresar este reconocimiento. Hasta hace bien poco, una veintena de años, existía en nuestro país una larga lista de libros prohibidos. Libros cuya mera posesión -no digo lectura, ni acuerdo con su contenido- podían conducir y de hecho

condujeron a los sótanos de la tortura, la desaparición y la muerte.

Un libro, en particular, era el protagonista principal de una de las publicidades oficiales más famosas de la dictadura militar proyectada en 1976 y 77. Se trata de aquella que seguramente la mayoría de Uds. recordará por la pregunta de cierre: “¿Sabe Ud. qué está haciendo su hijo en este momento?”. La escena transcurría en una mesa de café. Un joven, “el subversivo”, le pasaba a otro, “el hijo decente”, un libro excesivamente voluminoso (a ojo no tendría menos de 800 páginas). En la tapa se leía “Carlos Marx - El Capital”. Y mientras se lo pasaba le decía “leelo y mañana lo comentamos”. De esta manera, la dictadura le rendía su homenaje no sólo a la capacidad de los jóvenes universitarios argentinos de la década del setenta, que estaban en condiciones de leer ochocientas páginas de un día para el otro, sino también a la capacidad transformadora del libro. El libro era potente frente a la realidad. De allí su prohibición.

Detengámonos un momento en los presupuestos que encierra esta representación acerca del libro y su potencia. El libro despliega esta potencia a partir de una determinada “unidad de sentido” que captura y transmite. El concepto de “sentido” debe entenderse aquí en su doble acepción de “significado” y “dirección”. Porque, por un lado, el libro dota a la historia de un *significado* en función del cual es posible interpretar el presente y cambiar las propias prácticas. Pero, por el otro, esto se produce sólo en la medida en que logra agrupar los diversos acontecimientos del pasado en el marco de un proceso único generador de problemas, imprimiéndole a ese pasado una *dirección* de la que antes carecía. El libro construye el pasado como pasado de un futuro. Esta “unidad de sentido” es precisamente aquello que cobra fuerza material cuando

inhiere en las masas. Porque las masas, organizadas por el sentido que el relato propone, se transforman en sujetos. Diversos han sido los relatos de la modernidad, por lo que esta época ha sido caracterizada como la época de los grandes relatos o de las grandes narrativas. Todas coincidían, sin embargo, en un modo peculiar de entender el tiempo mediante el acceso pleno al reino del lenguaje. El encadenamiento de *significantes* da lugar a un *significado* que establece un *referente* como su efecto. La frase, el libro, se mueve en el tiempo, tiene un pasado y un futuro. La experiencia del tiempo vivido y el desarrollo de una identidad personal y colectiva son así un efecto del lenguaje, de la discursividad. Hoy la modernidad está cuestionada. La emergencia de diversos fenómenos han minado sus fundamentos. La cultura de la imagen se nos impone. En la era de la comunicación generalizada, la frase y el libro han cedido su lugar. Una imagen puede más que mil palabras. En el chateo y en los mensajes de texto por celulares es cada vez más frecuente el uso de íconos. Las fotocopias han sustituido la presencia del libro en los claustros. Los *power-point* han tomado el lugar de la argumentación en las conferencias y reuniones para la toma de decisión. Y la enumeración podría continuar con otros tantos ejemplos. Este viraje de la *frase* a la *imagen* está cargado de consecuencias. La *imagen* no se mueve en el tiempo como la *frase*. El pasaje de una a otra es disruptivo, no discursivo. Los significantes aislados no pueden ser conducidos a una secuencia coherente. ¿Qué es lo que vimos tras una sesión intensa de *zapping* televisivo? ¿Acaso es posible narrarlo, retenerlo, transmitirlo? Al no haber frase, ni libro, el tiempo vivido es el de un eterno presente en el que no puede desarrollarse la experiencia de un proyecto. Porque una identidad, personal o colectiva, supone *discursividad* que es más que una colección de presentes encapsulados. Por esta razón, al largo listado de certificados de defunción de la modernidad, tal vez pueda agregarse la pérdida de centralidad del libro en relación con la cultura. Pero lo paradójico del caso es que este desplazamiento se opera por saturación. En medio de la producción incesante de libros de todos los géneros y de su distribución a escala mundial, sin mediar ningún tipo de censura, asistimos

impávidos a su pérdida de centralidad en relación con la cultura. Pareciera que la máxima disponibilidad de material es el artífice de su definitivo debilitamiento. Vivimos entonces en un escenario esencialmente distinto de aquel en el que hemos sido formados y en el que todavía se mueven la mayoría de nuestras representaciones. Para sortear esta brecha quizás valga la pena, más que instalarse en la queja y en la nostalgia, preguntarse por el origen y necesidad de la centralidad del libro en la cultura. También, indagar el tipo de relación que el libro establece con la autoridad y qué forma de vinculación consigo mismo y con los otros presupone. Tal vez este camino nos permita entender no sólo su eficacia sino también sus limitaciones.

II

En la cultura griega clásica, cuna de la cultura occidental y hacedora de los modelos a los que permanentemente nos remitimos cuando de cultura se trata, el libro no ha ocupado un lugar central. Por el contrario, su aparición es más bien tardía y era utilizado como un sucedáneo de la oralidad. Ni Homero, ni Pitágoras, ni Tales, ni Sócrates han escrito nada. Tampoco estaban interesados en hacerlo. En siglo de oro de Atenas, Platón y los grandes poetas cómicos y trágicos (Aristófanes, Esquilo, Sófocles y Eurípides), sí han escrito libros, pero siempre al modo de transcripciones de la oralidad. Diálogos, en el primer caso; comedias o tragedias, en el segundo. No se trataba de un problema técnico, de estar en posesión de la escritura como herramienta, sino de un modo peculiar y distinto de entender el entramado de saber y autoridad.

Como sabemos, la base de la educación griega (*paideia*) consistía en el aprendizaje de memoria de los poemas de Homero y Hesíodo. Con ello se enseñaba a un tiempo, la historia del pueblo, los linajes ilustres, los valores éticos y políticos, los modos adecuados y errados de trato con los dioses. Y todo ello a través de un relato musicalizado, rítmico, inspirado por las musas en el que se iban encadenando las acciones valerosas de los héroes en el pasado, es decir, aquello que hicieron los mejores (*aristoi*) y por eso mismo debe ser secuestrado al olvido. Según la interpretación de Martín Heidegger, esta operación discursiva ha quedado cristalizada en el término griego “verdad”

(aletheia). Porque "lethe" es, justamente, olvido. "Verdad" sería entonces "lo-sin-olvido", es decir, aquello que enuncia la palabra del poeta. El poeta, entonces, era una figura mediadora. Pero no entre los hombres y los dioses, porque los hombres con los dioses se las arreglaban solos: se peleaban, discutían, se herían, hacían el amor, tenían hijos, los dioses también los mataban, etc. No. El poeta mediaba entre los hombres y la verdad. La verdad era esencialmente pública, se revelaba y anidaba en el logos, esto es, en la *palabra*, en el *discurso*. Se trata del mismo término que llegará a significar *razón*, es decir, discurso coherente, fundamentado. Una cultura de la oralidad instaura así un tipo de relación con los otros y con la autoridad: estar en la verdad es participar del discurso, es dejarse atravesar por él y para eso es necesario el otro. No hay verdad interior. La verdad se juega en el ámbito de la exterioridad: ya sea del discurso o de la acción. De allí que cuando Atenas se organice como una polis democrática surjan esos curiosos personajes que enseñaban técnicas de persuasión mediante el discurso para salir victorioso en los juicios y convencer a los demás ciudadanos en los debates públicos. Ellos, los sofistas, serán llamados también "maestros de verdad". Verdad y persuasión mediante el ejercicio oral de la palabra eran dos cosas que estaban tan estrechamente vinculadas que el propio Sócrates es confundido con un sofista más. Al punto que Anito y Meleto, sus acusadores públicos, creen conveniente prevenir al tribunal respecto de la maestría de Sócrates en el uso de las artes sofísticas. No sabemos cuán eficaz era Sócrates o qué oportuna resultó ser esta prevención como estrategia jurídica. Lo cierto es que Sócrates tras el juicio es condenado a exilio de por vida, o bien a la pena de muerte. Lo que sí sabemos es que para quien dedicó su vida a la búsqueda de la sabiduría era mucho mejor injerir la cicuta que una vida sin logos. Con lo que el exilio queda equiparado a la locura. Esto es lo que subyace a la concepción griega del término "bárbaro" que se aplica, en principio, a todo extranjero que habla una lengua desprovista de logos, de entendimiento. Cuando un extranjero habla dice: bar-bar-bar... La verdadera traducción cultural del término "bárbaro" para nosotros sería "blablaro".

Platón, el gran discípulo de Sócrates, ha de escribir más de cuarenta obras. Todas serán diálogos: "logos-de-a-dos", "razón-de-a-dos". El personaje central de casi todos ellos será Sócrates. Pero no se trata, hablando con propiedad, de libros, sino de un intento desesperado por fijar la oralidad, por continuar la oralidad por otros medios. También Aristóteles escribirá diálogos, aunque ni uno sólo de ellos pudo sobrevivir al incendio de la biblioteca de Alejandría. Lo que de su obra se conserva son sus apuntes de clase para discutir en el Liceo. Tampoco se trata de libros en este caso. Como vemos la enorme cultura griega fue posible con una casi total prescindencia del libro. No es de allí de dónde proviene su centralidad en relación con la cultura. Y otro tanto podríamos decir de Roma y de toda cultura pagana.

III

La centralidad del libro será un invento de la religión monoteísta. Es Dios mismo quien escribe las *tablas de la ley* que le entrega a Moisés. La verdad no es algo que se manifieste a través del ejercicio de la *palabra* sino que se revela en la *escritura*. Ciertamente es necesario recibir la iluminación. La fe será aquello que me permita entender la *Escritura* como verdad. Se advierte, entonces, que la verdad no es algo que deba ser buscado mediante el *diálogo* entre pares sino que ya ha sido revelada y está depositada en un libro sagrado cuyo autor es Dios mismo. La inconmensurabilidad entre el autor de las Sagradas Escrituras y su lector no podría ser mayor. Un momento fundamental en la constitución de la centralidad cultural del libro principia, justamente, con una reflexión acerca de este abismo. Las *Confesiones* de San Agustín en el siglo V d.C. comienzan con la pregunta acerca de cómo comunicarse con un ser perfecto e infinito, creador del universo todo. Tal vez no sea exagerado afirmar que con las *Confesiones* se establecen las condiciones de posibilidad del libro como hoy lo entendemos. No sólo porque en el libro VI Agustín narra lleno de asombro y admiración cómo San Ambrosio, su maestro, leía silenciosamente, sin mover la lengua, dejando que su alma se empapara del sentido contenido en algún pasaje de la Biblia, sino porque con esta práctica escrituraria se inaugura cabalmente una dimensión de lo humano desconocida

hasta entonces. Me refiero a la esfera de la interioridad. Es aquí dónde desde ahora se juega la verdad. Verdad que deja de estar primariamente en el ámbito de lo público para recluirse en círculo de la más estricta privacidad.

Con este libro San Agustín realiza una operación discursiva muy compleja. Al confesarse establece una comunicación con Dios. Pero esta comunicación está mediada por un acto de reflexión, de introspección. Porque sin una severa inspección del alma, de los propios deseos e inclinaciones, es imposible saber de qué uno tiene que arrepentirse. Para confesarme debo ir en búsqueda de mi mismo y mis intenciones para saber cuándo, cuánto y en qué medida he pecado. La práctica de la escritura se convierte entonces en una técnica que permite establecer un "diálogo" conmigo mismo teniendo a Dios por testigo. Pero también a los demás hombres. Porque hablando sinceramente conmigo, hablo con Dios. Y escribiendo expongo ante mi mismo, Dios y los hombres, esto que soy. Esta práctica puede ser considerada, entonces, como un efecto de que la verdad se revele en la Escritura. Pero no será el único. Otro efecto, instituyente de la relación con la autoridad propia del catolicismo medieval, estará relacionado con el control interpretativo de la escritura divina. A diferencia de lo que ocurre con la oralidad, la escritura no tiene presente a su auditorio. El autor no puede aclarar, corregir, expresarse de otra manera. El lector es una incógnita. La interpretación queda abierta. Cada lector puede encontrar en un libro aquello que fue a buscar. En cierta manera, un libro es también el espejo de su alma. Por tal motivo, el catolicismo medieval establecerá un necesario mediador entre la palabra de Dios y los hombres. El libro estará disponible pero sólo para los iniciados. Ellos serán los encargados de referir oralmente la palabra Dios y el sentido de la palabra a los fieles. Creer en Dios será no sólo creer en su palabra sino también en quienes establecen su mediación. Sólo desde este entorno puede comprenderse la verdadera Revolución que significó la Reforma. Recién mil años después de San Agustín, en el siglo XVI, Martín Lutero habrá de traducir la Biblia al alemán y exigirá el libre examen de las Sagradas Escrituras. La Reforma protestante dará lugar a encarnizadas

guerras de religión, todas dentro del propio cristianismo. Pero este gesto de Lutero profundamente democratizante dejará su huella. De ahora en más será un derecho de cada uno interpretar libremente el libro sagrado, porque nada menos que la salvación del alma está en juego. La nueva ciencia surgirá incluso de este desplazamiento democratizante.

IV

Galileo Galilei interpretará a comienzos del siglo XVII el universo entero como un gran libro. Establecerá la doctrina de la doble revelación. Dios se revela a través de la fe en las Sagradas Escritura y en su obra a través de la luz natural, de la razón, que nos permite leer el gran libro de la naturaleza. Dice Galileo en la sección "El libro de la naturaleza" de sus *Pensamientos, palabras y sentencias*: "La filosofía esta escrita en aquel grandísimo libro que continuamente está abierto ante nuestros ojos (quiero decir, el universo), pero que no se entiende si antes no se estudió la lengua y se conoce los caracteres en que está escrito. La lengua de ese libro es matemática y los caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas".

Asistimos así a un movimiento de secularización del libro. Pero en el que sigue conservando toda su fuerza y centralidad. La nueva ciencia será también una práctica de lectura e interpretación. Pero no de las Sagradas Escrituras iluminadas por la fe sino del gran libro de la naturaleza gracias a las luces de la Razón. La nueva lengua no será el arameo, el griego o el latín sino la geometría y la matemática. Esta idea del libro universal será retomada en el siglo XVIII con toda su fuerza por los Ilustrados.

Porque serán los ilustrados quienes entiendan cabalmente que si el espacio es infinito, también la geometría y la matemática lo son. Estas disciplinas de conocimiento se constituyen rápidamente en modelos de cientificidad, pues permiten dominar progresivamente un universo legalmente uniforme. Los ilustrados podrán fiarse de las luces de la Razón para iluminar esos espacios, para medirlos, calcularlos y hacer de ellos algo útil a la vida humana. Racionalidad matemática y ley natural, tal como lo habían demostrado Galileo y Newton, son el anverso y reverso de un mismo orden de cosas. El optimismo que tenían los ilustrados del siglo XVIII se

basaba en la identificación de la ley natural con la razón. De allí la valoración desmedida de las nuevas posibilidades de la ciencia. Según D'Alambert la aplicación del método científico apropiado produciría una constante mejora en las condiciones humanas de vida. Sólo había que luchar contra la intolerancia y la superstición que constituían el principal obstáculo en el camino del progreso.

Un arma esencial contra la intolerancia y la superstición será, precisamente, el proyecto de un libro científico, colectivo, universal y de actualización constante. Me refiero al proyecto de la Enciclopedia. La *Enciclopedia, o diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios, publicado por una sociedad de hombres de letras* representaba para los Ilustrados del siglo XVIII un paso tan decisivo para ellos que pronto se convirtió en un ala inescindible de la cruzada por la Ilustración de los pueblos. La Enciclopedia, en tanto *diccionario razonado*, proporcionaba un acceso sencillo a la información disponible sobre cualquier tema imaginable. Pero, como *enciclopedia universal*, su propósito fundamental era presentar la interrelación de todos los conocimientos, destruyendo así los compartimientos estancos. Sus detractores afirmaban que se trataba de pura propaganda antirreligiosa cuyo fin no era otro que destruir los lazos de la sociedad. En palabras del Ministro de Justicia Omer Joly de Fleury dirigidas al parlamento de París en 1759 su fin se enderezaba "a propagar el materialismo, a destruir la Religión, a inspirar un espíritu de independencia y a alimentar la corrupción moral".

En rigor habría que decir que tal acusación no carecía de fundamento, pues lo que se proponían Diderot y D'Alambert con la difusión de este libro universal era, precisamente, romper la compartimentación del conocimiento propia de la educación tradicional. Y al mismo tiempo se valoraba y fomentaba la inclusión de nuevas técnicas y aportes recientes de todas las áreas del hacer humano. La gran Enciclopedia era la expresión cabal del *afán de descubrimientos* propio de la era moderna y con ello de su orientación temporal hacia el futuro o, lo que es lo mismo, hacia lo *nuevo* futuro. Pues según sus editores, su sola existencia era un eficaz antídoto contra la ignorancia, la intolerancia y la superstición. Llegó a sumar

17 tomos de texto y 11 de grabados. El primero salió en 1751 y el último en 1772.

V

El siglo XIX será el siglo de la novela. Con la puesta en marcha de los dispositivos estatales de alfabetización, el libro se volverá verdaderamente masivo. Pero lo cierto es que la verdadera consumación técnica del proyecto de la Enciclopedia tiene lugar con Internet. Como toda consumación supone el pasaje a un escenario diverso en el que el libro pierde su centralidad. Porque aquella distancia entre autor y lector constitutiva del libro como tal (y de la cultura del libro) resulta abolida en la red. Es la humanidad entera quien produce a diario infinidad de conocimientos y quien se nutre de ellos para seguir produciendo nuevos. Pero en una cantidad y especificidad tan desmesurada que, en su conjunto, resulta inapropiable por cualquier individuo. La disponibilidad técnica de cada uno de estos conocimientos choca de lleno con la imposibilidad real de apropiación de la totalidad de ellos y con la construcción de un sistema total del saber. Así se produce una nueva opacidad, una cultura del fragmento, en la que los multimedia interactivos adquieren centralidad y el libro resulta desplazado. Pero es importante retener que este desplazamiento resulta de la consumación de su lógica interna. Frente a ello, ¿debemos temer la pérdida de centralidad cultural del libro? Esta pérdida ¿pone fin a toda práctica de enseñanza? ¿supone en breve el fin de la lectura? Aquí sólo es posible aventurar y discutir. En mi opinión, no. Porque lo que siempre produjo el acceso a la cultura, incluso en pleno reinado del libro, no ha sido sino el deseo presente en los cuerpos que hablan, en esos cuerpos que enseñan con sus gestos y palabras, constituyéndose así en *otros significantes*. Los libros fueron sólo un camino que aún es posible transitar. Pero nunca determinantes de la enseñanza, ni de la práctica de la lectura siquiera. Por decirlo en otros términos: sólo con libros no es posible la enseñanza. Sin libros sí. Sócrates, Jesús, Buda no han escrito ningún libro. Los maestros no escriben. Tampoco los maestros en el aula. Un maestro no genera aprendizaje por medio de la escritura sino mostrando con su cuerpo qué vale la pena y qué no.